

SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DEL HISTORIADOR

De la llamada «tercera guerra» entre Francisco I y Carlos V quedaban, tal vez, pocas cosas que señalar después del excelente libro de Rassow y después de las documentadas monografías a que han dado lugar los acontecimientos de ese segmento de la biografía imperial que discurre entre Túnez y Aigues-Mortes.¹ Algunas consideraciones me han resuelto, sin embargo, a volver sobre el tema, si quiera sea en la forma limitada que exige una lección inaugural. En efecto, familiarizado durante los últimos años con la correspondencia cruzada entre Carlos y la Emperatriz Isabel en tanto esta última desempeñaba el gobierno de los reinos españoles, he tenido acceso a unas fuentes que Rassow no tuvo ocasión de manejar y que arrojan una luz particularmente esclarecedora sobre el papel desempeñado por Castilla y, en general, por los reinos españoles en el planteamiento estratégico y financiero de aquella contienda.² Por otra parte, pienso que tal vez conviniese subrayar, reduciéndola a sus líneas esenciales, la profunda lección diplomática que encierra una fase de la política mundial del Emperador que nuestros manuales suelen despachar en muy pocas líneas.

* * *

¿Historia diplomática? Como es sabido, los cultivadores más avanzados, en cuanto al método se refiere, de la disciplina que cultivo, miran con desconfianza la vieja *histoire diplomatique*, historia de hechos de superficie, desentendida de las causas profundas; de las fuerzas profundas de orden social, espiritual, económico, que mueven las turbinas de la política exterior de los Estados. La desconfianza está justi-

¹ El presente artículo forma parte, como introducción, de mi libro *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento (1535-1538)*. Valencia, 1960 (lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad). Se reproduce aquí con muy leves modificaciones.

² Sobre el epistolario Carlos V-Isabel de Portugal como fuente histórica, vid. JOVER, *Sobre la política exterior de España en tiempo de Carlos V*. (En el vol. *Carlos V (1500-1558)*. Homenaje de la Universidad de Granada, 1958, págs. 111-208), págs. 141 y sigs. En cuanto a las líneas fundamentales de la bibliografía del tema, pueden verse en el tomo II de la obra de BRANDI (*Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Persönlichkeit und eines Weltreiches. Quellen und Erörterungen*. München, 1941), págs. 251-270; así como en SÁNCHEZ ALONSO, *Fuentes de la Historia española e hispanoamericana*. Madrid, 1952 (3.ª ed.), II, págs. 134-150. La obra de RASSOW citada en el texto, *Die Kaiser-Idee Karls V. dargestellt an der Politik der Jahre 1528-1540*. Berlin, 1932.

ficada sólo a medias,³ y en todo caso sigue y seguirá viva la necesidad de estudiar, con métodos y técnicas adecuados, la realidad de esos «contactos en la cumbre», por decirlo con lenguaje de hoy mismo, que han constituido siempre el noble objeto de la historia diplomática clásica. En todo caso, también, ha de subsistir para el historiador la necesidad de determinar, siquiera sea para integrarlas en una sociología de la política, las formas diplomáticas concretas a que da lugar, en cada época y en cada área cultural, el contacto político entre dos comunidades distintas.

En efecto, la historia de Occidente demuestra que las formas de diplomacia, como las formas de guerra, cambian según el nivel técnico y cultural de cada época. Y, consiguientemente, que cada época históricamente definida —Renacimiento, Barroco, Clasicismo o Romanticismo— tiene sus formas diplomáticas peculiares, las cuales concurren con otras formas culturales pertenecientes a campos muy diversos a configurar la fisonomía específica de cada una de las edades señaladas. En nuestro propio tiempo estamos asistiendo a la generalización de unas formas diplomáticas absolutamente nuevas, que el hombre de la calle, portador de unos moldes mentales pertenecientes a una época que va siendo pretérita, recibe a veces con ese estupor que reservamos para lo que, además de inaudito, viene a subvertir unas normas tenidas por inmutables. Un suplemento de sentido histórico —cosa de la que, por otra parte, no anda escaso el europeo de hoy— debería hacerle meditar en el hecho de que las formas diplomáticas son, como los medios de producción, las formas políticas o las estructuras sociales, cosas que cada época prefiere forjarse a su propio aire, configurando, con el conjunto armónico de todas ellas, su propia fisonomía. Así en el Renacimiento; entre los pródromos de la crisis milanesa del otoño de 1535 y una campaña militar de intención diplomática (la campaña de Provenza, aspecto militar más destacado de la llamada «tercera guerra»), Carlos V va a recurrir a una serie de formas y de técnicas diplomáticas en las que vemos manifestarse todo un esquema de usos, de prácticas, de actitudes mentales típicamente renacentistas. Ahora bien, el recurso a unas formas vigentes va a complicarse, en la coyuntura sobre la que centramos nuestra lección de hoy, con una serie de factores netamente personales, irreductiblemente personales —como, por otra parte, ha ocurrido y ocurrirá siempre en la historia, obra de hombres—. La protagonización por parte de Carlos V de su propia política va a permitirnos presenciar, en la ocasión señalada, el impacto directo de sus ideas en un ámbito de relaciones internacionales apenas conquistado por las formas diplomáticas propias del Estado moderno.⁴

Es por ello por lo que el estudio de la crisis diplomática de 1535-38 nos re-

³ «Il est certain que les études d'histoire diplomatique sont indispensables à l'histoire économique ou sociale la plus mathématisante qui soit; et la réciprocité n'est pas moins vraie»: he aquí una justa rehabilitación suscrita por unas firmas particularmente autorizadas (BRAUDEL, LABROUSSE & RENOUVIN, *Les recherches d'histoire moderne et contemporaine*. En *Les orientations de la recherche historique*. *Enquête du C.N.R.S.*, publ. en «Revue Historique», CCXXII, 1959, págs. 34 y sigs. Por lo demás, la relativa crisis de la historia diplomática tradicional es un fenómeno que apenas se manifiesta, v. gr., en la historiografía germánica o en la historiografía inglesa actual.

⁴ Vid. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*. Madrid, 1960. En otro aspecto: BARBADORO, *Il problema politico* (En *Il Rinascimento. Significato e limiti*.

serva una lección, y es precisamente a esta lección a la que me refería en líneas anteriores como entraña de mi tema. Si las formas diplomáticas son, dentro de ciertos límites, contingentes y sujetas a mudanza con el transcurso del tiempo, la índole de los problemas que plantean la convivencia internacional y los conflictos de poder tiene algo de permanente y de categórico. El planteamiento y el desarrollo de la «tercera guerra» nos enseña cómo se vio implicado Carlos V en uno de estos problemas, cómo entendió adaptarse en cada momento a las circunstancias, y cómo y en qué medida se equivocó. Las «fuerzas profundas» que condicionaron la acción imperial en cada coyuntura nos son conocidas en buena parte;⁵ el mismo Emperador se refiere a ellas en sus cartas con una asiduidad, con una sinceridad, capaces de orientar la investigación historiográfica en direcciones concretas. Creo que los documentos emanados del Emperador nos bastan, en efecto, para reconstruir la medida exacta en que todas estas fuerzas —medios económicos, medios militares, intereses, mentalidades, presiones de opinión— que venían de los distintos reinos, de los distintos paisajes integrados en el Imperio carolino, alcanzaban a influir y a condicionar el margen de decisión que las circunstancias reales de la política europea dejaban en manos de aquél. Llegamos así a un punto en que la investigación de las fuerzas profundas, tan grata a los historiadores que siguen las pautas de Renouvin, desemboca en un campo de investigación hartamente más complejo y sutil: la biografía. Así ha de ser cuando nos enfrentamos con un hombre, el Emperador, que creyó noblemente cumplir su deber llevando a cabo personalmente la dirección de su política. Un hombre con sus ideas, con su talante personal, con el sedimento biográfico de los últimos años, va a desempeñar un papel protagonista en el seno de una crisis diplomática grave.

Biografía, sin duda. Tal parece haber sido el destino de cuantos historiadores han pretendido evocar, en su complejidad de estructuras y de problemas, la monarquía universal de Carlos V; recordemos la obra de Brandi. Está claro que en esta fatal tendencia a la biografía que experimenta toda historia del Imperio carolino, hay motivos más hondos que la clásica identificación entre el Estado y la persona del monarca, que llenara de nombres y de fechas inservibles y estériles nuestros viejos manuales de bachillerato; hay, por lo pronto, un recurso a la única institución común en un conjunto abigarrado de paisajes y de estructuras sociales y políticas, que van a vivir con cierta conciencia de comunidad —súbditos del mismo monarca— muchos años de historia europea. Pero tampoco es esto todo; el drama personal de Carlos V, tantas veces recordado por historiadores y por ensayistas, ha de inducir al estudioso en otro plano de meditaciones, relativas también al oficio de historiar.

Tal vez para que la obra de los historiadores logre esa vívida eficacia social —es

Atti del III Convegno Internazionale sul Rinascimento. Firenze, 1953, págs. 149-169). ZELLER, *Les temps modernes. I: De Christophe Colomb à Cromwell*. (En *Histoire des Relations Internationales*, publ. sous la direction de P. RENOUVIN, t. II, Paris, 1953; hay trad. esp.).

⁵ Vid. BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. esp., México, 1953, 2 vols.; y CARANDE, *Carlos V y sus banqueros* (I: Madrid, 1943; II: Madrid, 1949), y *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial* (Madrid, 1949).

decir, humana— que echara de menos Ortega y cuya ausencia viene siendo denunciada enérgicamente en nuestros días por Butterfield y por Barraclough sea preciso dirigir la indagación histórica, no solamente sobre las estructuras económicas, políticas o culturales que condicionan en cada momento el libre obrar humano, sino también sobre la tremenda experiencia humana condensada en esas grandes decisiones que, cualquiera que haya sido, pequeño o grande, su margen de libertad, han condicionado a su vez el destino de muchos millares de hombres, actuando directamente sobre los resortes que mueven la dirección de la historia. Creo que cuando el historiador logra reconstruir *cómo* ese conjunto de estructuras externas que componen la «circunstancia» de un hombre concreto —la situación histórica del mismo, diríamos mejor— se hace problema en la mente de un hombre con poder, resuelto a la acción, estamos alcanzando realmente ese grado de autenticidad en la comprensión del pasado, sin el cual no es verdadero el clásico aforismo que hacía de la historia maestra de la vida. Pero la historiografía actual, ávida de precisiones de signo matemático, encuentra en la determinación de las estructuras colectivas una satisfacción intelectual que la biografía, es decir, el mundo de lo personal, no siempre entrega a métodos racionalizados de trabajo.

* * *

Ciencia social, orgullosa de la precisión de sus técnicas y ávida de otras nuevas que le permitan reconstruir cada vez más exactamente los elementos estructurales de una situación pasada, la historiografía occidental ha lanzado resueltamente por la borda todo lastre humanista, dejando fuera de su incumbencia algunas cosas específicamente históricas, inexcusablemente históricas. Por ejemplo, la biografía, según queda apuntado. Pero también esas grandes y tremendas cosas para las cuales el occidental, puesto a escribir verdadera Historia —hablo siempre de Historia verdadera, y no de polémica partidista o de ensayismo literario—, parece haber perdido la sensibilidad: el dolor y la maldad, por ejemplo. Jamás la Historia ha pretendido inhibirse tan resueltamente como en nuestro tiempo de los juicios morales. La historiografía occidental lleva camino de determinar exactamente —y ojalá lo logre pronto— el número de hombres, las actividades económicas, el nivel de vida, los estratos socioprofesionales, las mentalidades respectivas de los grupos, las formas políticas y su sociología de base, la actuación interior y exterior de los Estados, las formas culturales y su sociología de base; todo ello en función de una situación histórica determinada. Pero la historiografía occidental parece haber renunciado, en cambio, a otras cosas igualmente importantes, como es la relación entre conducta humana y destino colectivo. Aun la historiografía marxista, cuyos supuestos filosóficos entrañan, como es sabido, la *necesidad* inexorable del proceso histórico, confiere a la conducta humana la posibilidad de acelerar o retardar el proceso de referencia. La historiografía occidental, sin embargo, incluso cuando es servida por historiadores con fundamentos axiológicos cristianos, tiende a eludir cuidadosamente toda conexión entre persona humana y evolución de las estructuras, temiendo perder

la objetividad; temiendo en última instancia, con un temor cobarde, todo juicio de valor.⁶

Ahora bien, es evidente que no son éstos los derroteros a través de los cuales puede la Historia llegar a ser lo que la sociedad y el hombre de nuestro tiempo exigen y necesitan de ella. Porque los prejuicios de orden político o nacional, las posturas confesionales cerradas a la comprensión del disidente, son algo felizmente superado por la ciencia histórica; al menos en el terreno de unos principios que nadie discute. Pero hay algo que la Historia, como saber humano, no puede «superar» sin traicionar su auténtica razón de ser, firmemente arraigada en el espíritu humano inserto en no importa qué civilización: la distinción automática entre libertad y coacción, entre verdad y error, entre bondad y maldad. Dios ampare a los historiadores que nos llamamos cristianos cuando hayamos de dar cuenta de tanta redomada hipocresía como campea en nuestros libros. En unos libros que cuelean meticulosamente el mosquito del dato incierto o de la fuente insegura, en tanto arropan entre sus páginas asépticas la gran mentira del sufrimiento humano silenciado, de la crueldad innecesaria o de la injusticia clamorosa expuesta sin indignación. Nuestro Evangelio bajo el brazo, hemos servido ciegamente al César y a la Razón —sucesiva o simultáneamente—, dejando al margen de la seriedad científica de nuestras fichas la carne que palpita o los huesos que crujen —carne y huesos de personas, de prójimos— bajo las ruedas de la «gran historia». Olvidando que el método está al servicio de la verdad y no inversamente; olvidando también el noble aforismo clásico, recogido y bautizado por el Cristianismo, sin servir al cual no hay historiador que cumpla de veras con su trabajo: *ne quid falsi audeat, ne quid veri non audeat historia*.

* * *

Los derroteros que manifiesta seguir la historia universal a partir de la guerra mundial de 1939-1945, en cuanto se refiere a las potencias mundiales encargadas de protagonizarla, han cogido de sorpresa a los historiadores. Establecer una conexión de sentido evidente entre el panorama histórico-mundial de 1860, que nosotros, hombres de 1960, hemos aprendido en unos libros clásicos, y la realidad histórico-mundial que nos circunda, no es tarea fácil. Y no es tarea fácil porque, como ha denunciado recientemente Barraclough, los moldes histórico-mundiales recibidos estaban viciados por nuestra vieja resistencia de occidentales a ponernos en la piel de otras culturas, que hoy nos parecen irrumpir en la historia universal poco más que por generación espontánea. Ha sido el historiador alemán Dehio el que, valerosamente, se ha puesto a la tarea de sustituir los viejos esquemas heredados de Ranke por otros más objetivos, más realistas, en los que quepa insertar sin violencia la magna experiencia histórica de nuestro propio tiempo.⁷ Esa atención que tiende a

⁶ Tal vez sea BUTTERFIELD, en nuestro tiempo, el historiador que más resueltamente ha pretendido reinstalar la Historia sobre unos supuestos de orden religioso y, consiguientemente, ético. (*Christianity and History*, London, 1954; *History and Human Relations*, London, 1951).

⁷ DEHIO, *Gleichgewicht oder Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte*, Krefeld, 1948.

prestarse a los confines atlántico y asiático de nuestra vieja Europa Occidental, viene a ser, de momento, un correctivo útil a tanta atención exclusivamente volcada sobre las cinco naciones de Schlegel o las seis grandes naciones del mundo romano-germánico de Ranke. En este punto es absolutamente necesario subrayar que la tradición historiográfica española contiene elementos de un valor excepcional en cuanto se refiere a una concepción de la historia universal como realidad ecuménica; elementos valiosos para la edificación de una historia universal concebida como conjunto armónico de pueblos, culturas y razas muy diversos, en que los historiadores cristianos estamos muy especialmente comprometidos, si hemos de ser leales a nuestra vocación.⁸

En uno de sus más sugestivos artículos, Barraclough nos hace la confidencia de que fue la victoria rusa de Stalingrado (1943) lo que le condujo a meditar en una revisión de la historia europea; acontecimiento sorprendente porque «los prejuicios políticos en que descansaba nuestra historiografía nos cegaron para percibir la efectiva distribución de poder en 1943».⁹ Tal vez una de las más grandes experiencias que los acontecimientos de las últimas décadas han deparado al historiador profesional, sea esta brutal rectificación que la historia real, la historia vivida, ha impuesto a los esquemas heredados por la Historia escrita, por la historiografía; por una Historia escrita que ha acreditado su miopía para discernir las auténticas líneas maestras que el pasado tendía por encima del presente. Esta experiencia, que no tenemos motivos para suponer circunscrita en principio al campo del sistema de potencias mundiales, parece aconsejar al historiador un suplemento de perspicacia; pero, sobre todo, un suplemento de esa comprensión que el espíritu humano sólo logra a través de la generosidad. «Al considerar el pasado, tenemos que dar importancia a lo que entonces era importante, y no escoger y entresacar del pasado sólo aquellas fases e incidentes que nos parecen importantes a nosotros»;¹⁰ esto por lo pronto, y obsérvese lo lejos que se encuentran de este ideal quienes se conforman con traducir la realidad pasada a términos matemáticos, porque tales son las formas de pensamiento y de expresión que cuadran mejor con nuestra propia época técnica.

¿Será la apuntada la única rectificación que la marcha de la historia misma depare a la Historia Universal que escriben los historiadores? Barraclough habla de unos ojos que se abrieron súbitamente ante el *shock* de Stalingrado, desvelando las limitaciones de los moldes políticos con que operaba nuestra historiografía occidental. Es preciso estar ciego para no percibir otros *shocks* semejantes que la conciencia histórica del europeo está experimentando, y que aguardan todavía su indefectible traducción al campo de nuestra concepción de la historia universal como proceso unitario. ¿Qué vigencia conservan los moldes de una historiografía occidental que cifraba la crueldad y el sufrimiento colectivo conscientemente provocado por una decisión humana en los autos de fe inquisitoriales o en las «matanzas de

⁸ En otras ocasiones me he referido a la visión histórica, más ecuménica que occidental, típica en determinado sector de la historiografía española del Barroco (vid. 1635, *Historia de una polémica...*, Madrid, 1949; y *Sobre la conciencia histórica del Barroco español*, publ. en la rev. «Arbor», t. XII, 1949, págs. 355-374).

⁹ BARRACLOUGH, *La Historia desde el mundo actual*, trad. esp., Madrid, 1959, pág. 224.

¹⁰ *Ibidem*, op. cit., pág. 32.

septiembre» —por citar ejemplos caros a todos los gustos—, ante Auschwitz, Dresde o Hiroshima? ¿Mantendrán los nuevos tiempos, tan sensibles a la suerte del hombre común, esa bárbara subordinación del dolor humano a la dialéctica de unas estructuras tenidas hasta ahora por sobrehumanos protagonistas del acontecer histórico? ¿Qué vigencia conservan los moldes de una historiografía occidental montada tácita o expresamente sobre la resistencia a ver *un hombre* en el forzado de la galera, en el negro de la trata, en el indio de la marcha hacia el Oeste, ahora que los pueblos de color construyen comunidades autóctonas que reivindican su propio pasado, sin avenirse a seguir hablando en la escuela de «nuestros antepasados, los galos»; ahora que los pueblos de color son considerados, sin reservas, coprotagonistas de la historia universal que desde nuestro propio tiempo se abre hacia el futuro? ¿Qué vigencia conservan los moldes de una Historia Universal que jamás contó piadosamente los muertos cuando éstos eran «perros infieles», ahora que los cristianos estamos calando más hondo en nuestra Verdad y vamos estando cordialmente convencidos de que los turcos del siglo XVI eran tan hermanos nuestros, aunque en justicia hubiese que luchar contra ellos, como los turcos de ahora...?

Todo contribuye a sugerir, en consecuencia, que la crisis que el europeo experimenta en su conciencia histórica no afecta solamente a ese estrato de la historia universal que llena la dinámica de las grandes potencias mundiales, estrato en relación al cual los historiadores puestos al trabajo —ingleses y alemanes sobre todo— prometen superar la crisis; ya se indicó cómo la obra ha sido seriamente iniciada por Dehio. Todo contribuye a sugerir que la crisis afecta a estratos mucho más profundos en la conciencia histórica del hombre de hoy, y que este estado de conciencia no ha accedido aún a la obra y a las síntesis de los historiadores. Al parecer, van a plantearse a nuestra vieja disciplina exigencias a las cuales tal vez no pueda hacer frente con sólo su flamante utillaje —tan indispensable y tan precioso en todo caso— de ciencia social. Y entonces se levantará un dilema ante el historiador cristiano: o abandonar los juicios de valor, es decir, la distinción categórica entre bondad y maldad, entre verdad y error, entre libertad y opresión, a los circunstanciales portavoces de una «verdad oficial»; o bien volver a las fuentes y reclamar, entera, toda la vasta herencia de nuestra disciplina.

Herencia múltiple, nada ligera, que llega a nosotros a través de un doble tronco. Por una parte, a través de ese prodigioso avance técnico que ha puesto en nuestras manos un instrumental capaz de liberarnos del error cuando se trata de averiguar esas cosas básicas, realmente fundamentales, que son el número de los hombres, las relaciones del hombre con la naturaleza, los grupos sociales, las estructuras políticas o las mentalidades de grupo. Pero también a través de esos otros principios, mucho más viejos y esenciales, al servicio de los cuales surgieron tales técnicas y que las técnicas mismas no deben hacernos olvidar: decir siempre la verdad, venciendo la tentación de callarla cuando decirla pudiese resultar incómodo; saber distinguir en todo momento —nadie como el historiador está en condiciones de hacerlo— entre unos principios morales a la luz de los cuales resulta siempre posible la distinción automática entre el bien y el mal, y el grado de miopía inherente a la propia inserción en una situación histórica concreta; mantener a toda costa, para poder llenar

la función que le está reservada, la libertad interior, cualquiera que sea la presión del ambiente. Decir la verdad, saber encontrarla y, sobre todo, buscarla, de acuerdo con el gran mandamiento, no sólo en las *res gestae* o en esas estructuras económicas, políticas y culturales con las cuales la historia universal se forja su propio andamiaje, sino en la acción humana, en el esfuerzo humano, en el sufrimiento humano, cualesquiera que sean el credo, la raza o la condición social de un hombre que es, en cualquier caso, protagonista de la historia; en cualquier caso, nuestro hermano.

* * *

Es muy difícil en este punto rescatar las páginas que anteceden, de la condición que han ganado de mera divagación, en el pórtico de un breve estudio dedicado a algo tan poco metafísico como fuera la crisis política de 1535-38; uno más entre los conflictos que enfrentaron, durante la primera mitad del xvi, a Carlos V con el rey de Francia. Cinco, seis líneas de cualquier manual. Pero, aun dejando de lado ese prurito que de vez en cuando sentimos los historiadores de sacar a colación, en la ocasión más inesperada, lo que pensamos de nuestro oficio, tal vez haya en este tema de la «tercera guerra» más motivos de los que brinda de ordinario cualquier investigación monográfica para pulsar la entraña que silencian los tópicos de aquellas líneas: conflictos sucesorios, aprietos financieros, campañas y tratados.

Realidad espiritual de un Emperador que vive en su obrar político cotidiano, con ejemplar sinceridad, su propio mundo de ideas; realidad política de una Italia y de una Europa en las que juegan sendos complejos de fuerzas; realidad económica y financiera de un obrar político —la guerra— excepcionalmente caro; realidad geográfica, en la base, de unos paisajes cuyas rutas presencian el paso de los ejércitos, de las noticias y de las provisiones; cuyas ciudades y cuyos puertos constituyen la codiciada presa de los que luchan... Todo ello, elementos que componen de consuno una situación histórica concreta. Pero, entrañado en ello, algunas cosas tan humanas, tan históricas como el juego mismo de las estructuras que quedan aludidas. El conflicto de un hombre con poder, responsable del destino de millares de hombres, que, sin perjuicio de su evidente limpieza de intención, no supo evitar una guerra inútil. Y los huesos, y la carne, y el dolor. Hubo quien observó la retirada de un ejército que, en realidad, no había combatido, con ojos en los cuales la enemistad no acertó a apagar la compasión:

«Todos los caminos estaban cubiertos de muertos y de enfermos, de arneses, lanzas, picas, arcabuces y otras armas, y de caballos abandonados que no podían tenerse en pie. Allí hubieseis visto hombres y caballos mezclados en un montón informe, unos de un lado y otros de otro, los moribundos revueltos con los muertos, ofreciendo un espectáculo tan horrible y lastimoso que movía a conmiseración incluso a los más obstinados y pertinaces enemigos.»¹¹

¹¹ DU BELLAY, *Mémoires de Martin et Guillaume...* (éd. Bourrilly & Vindry), t. III, págs. 298 y sigs.; citado por BOURRILLY, *Charles Quint en Provence (1536)*, en «Revue His-

Así terminó, sin decidir más que una tregua motivada por el agotamiento de los combatientes, una campaña iniciada por el Emperador con la intención sincera de acabar, de una vez para siempre, en una guerra «al todo por el todo» —son sus palabras—, con las discordias intestinas de la Cristiandad. Ahora bien, si la campaña de Provenza resultó poco más que estéril en relación con la finalidad política con que se comenzara, ¿será preciso silenciar en el relato histórico, por inoperante en la historia política o por accesorio en el juego de las estructuras, el dolor de los componentes del cuadro recogido por los Du Bellay; la muerte prematura de nuestro Garcilaso de la Vega, ocurrida en una incidencia cualquiera de aquella misma retirada; la barbarie del incendio provocado, a favor del viento, en un bosque que servía de refugio a hombres, mujeres, niños y ganado;¹² el sufrimiento espantoso de unas muchedumbres —soldados, galeotes, campesinos de unas tierras aisladas para entorpecer el avance enemigo—, implicadas de lleno en la contienda?

Si partimos de la base de que el sufrimiento colectivo vivido en el tiempo es algo tan humano —es decir, tan histórico y, por ende, tan historiable— como los avatares que registra la historia política o la mal llamada «historia social» —toda historia es social—, habremos de conceder a la «tercera guerra» valor de símbolo en un cierto sentido. Su principal protagonista tuvo la sensibilidad necesaria para percibir angustiosamente, en los días de la magna decisión, los dos órdenes de elementos, absolutamente heterogéneos, comprometidos en el problema con que se enfrentaba: de una parte, el mantenimiento de un orden político determinado —la paz interna de la *Respublica Christiana*— que se trataba de salvaguardar; de otra, el abismo de sangre y de miserias que el triste remedio previsto como necesario —la guerra— comportaría. Aquella misma sensibilidad condujo a Carlos al extremo de proponer seriamente a su antagonista, en presencia del Papa y de los Cardenales, un desafío personal, de hombre a hombre, cuyo resultado resolviese la doble reivindicación que tantas guerras motivara: Milán, por parte francesa; Borgoña, por parte imperial. Porque —razona el Emperador— al fin y al cabo, ellos, Francisco y Carlos, no eran «más que dos hombres como los otros» y «sería menos mal que muriese uno de nosotros que derramar tanta sangre cristiana».¹³ La propuesta, solemnemente formulada en una de las más solemnes ocasiones de la biografía de Carlos, por él mismo en persona, en español primero y en italiano a continuación, no prosperó por distintas causas. Y la resolución de la crisis política existente hubo de ser confiada, no a esa especie de desafío en la cumbre sugerido por Carlos, sino a esa otra especie de desafío multitudinario, no siempre caballe-

torique», CXXVII, 1918, págs. 209-280. La referencia del texto, traducida por mí de la pág. 266 de este último.

¹² BOURRILLY, *op. cit.*, págs. 267-68.

¹³ Vid. RASSOW, *op. cit.*, Beilage 5: «Bericht eines italienischen, wahrscheinlich venezianischen, besandten in Rom an seine Regierung über die Rede Karls V. vor dem Papst und dessen Hof am Ostermontag 1536». Las referencias del texto, en las págs. 426 y 428. Como es sabido, no fue ésta la primera propuesta de desafío cruzada entre ambos antagonistas; el cartel de desafío presentado en 1528 por el rey de Francia a Carlos V fue objeto de una curiosa literatura, que el lector puede ver enumerada en SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, t. II, págs. 142-43.

resco, que es toda guerra. Ahora bien, *las campañas de la tercera guerra no resolvieron la crisis política*. El dolor humano suscitado por la guerra queda ahí, sin la contrapartida de esa eficiencia en el plano de lo político, eficiencia cuyos logros sí recogen gustosos los manuales. Y aquí el valor de arquetipo que presenta aquella contienda: la resuelta discordancia entre precio y logro; entre los dos órdenes de elementos comprometidos en el problema planteado entonces al Emperador.

* * *

He aquí la razón de ser de este largo preámbulo, y la razón por la cual resulta sugerente, para un historiador de nuestro tiempo, el estudio de la llamada «tercera guerra». Por lo demás, es claro que mi lección de hoy no va a ser un inventario de las miserias de aquella guerra, que mi preparación de especialista no me permite hacer. Más modestamente, he pretendido bosquejar, sin salirme de los métodos de trabajo que me son familiares, cómo se plantea diplomáticamente una guerra llamada a ser estéril.

JOSÉ MARÍA JOVER